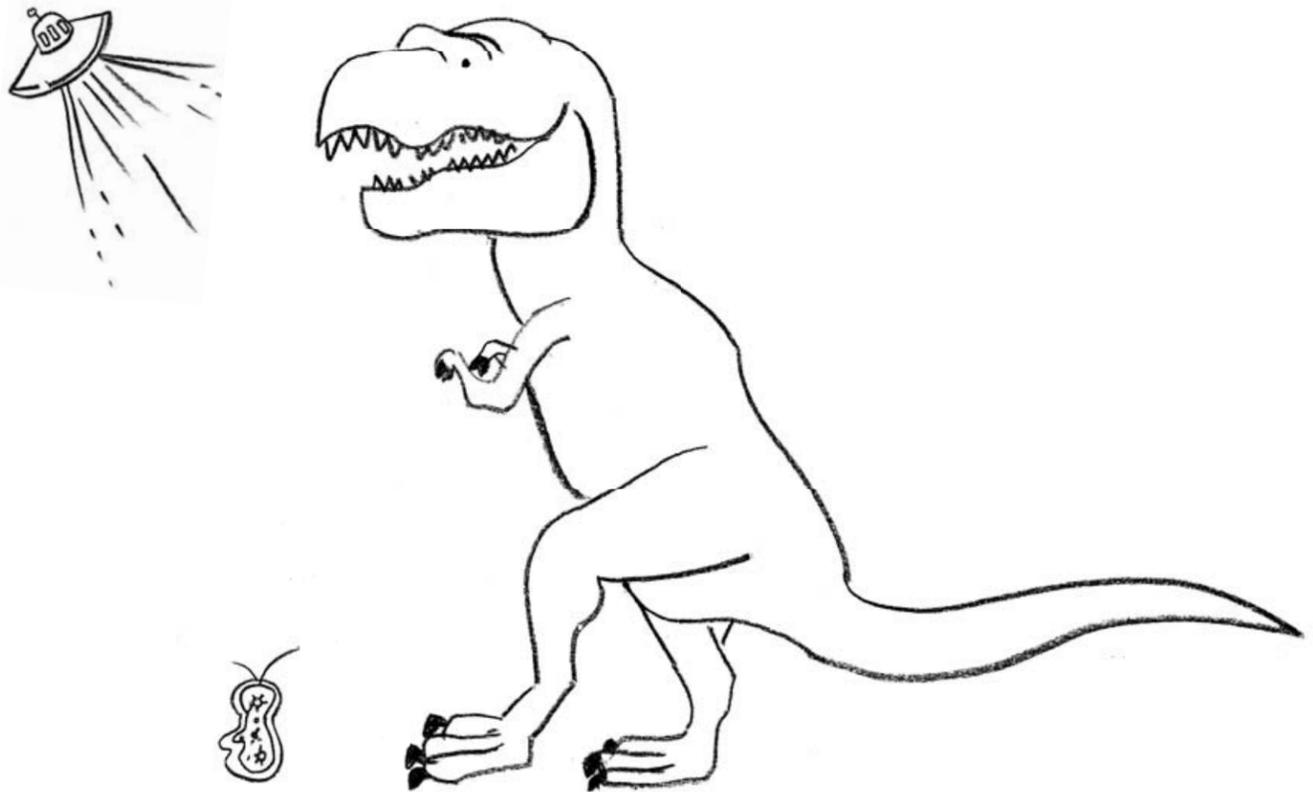


*La insaciable curiosidad de Octavio Paz por atender todo lo humano, lo llevó a ocuparse de obras tan complejas y diversas como la aquí reseñada: el ensayo redactado por Francis Crick en el que analiza ciertas hipótesis sobre el origen de la vida en la Tierra y esboza la teoría de la panspermia dirigida. Presente en el volumen 1 de la nueva edición de las Obras Completas de nuestro premio Nobel de Literatura, recuperamos aquí esta brillante reseña*



RESEÑA

## Inteligencias extraterrestres y demiurgos, bacterias y dinosaurios

OCTAVIO PAZ

**F**rancis Crick, premio Nobel de biología en 1962 con James Watson y Maurice Wilkins por su descubrimiento de la estructura molecular del DNA y actualmente investigador del Instituto Salk en San Diego, California, acaba de publicar un libro que ha despertado muchos comentarios en la prensa mundial: *Life itself, its Origin and Nature* (Nueva York, 1981). Es una obra clara y breve. Su claridad no excluye ni la riqueza de las informaciones —física, biología nuclear, teoría de la evolución— ni la complejidad de los hechos y razones en que funda su arriesgada hipótesis; su brevedad puede llamarse también condensación rigurosa de un vasto saber. Así, el libro no sólo es claro y breve: es denso, arduo y osado. Es un libro de ciencia y es un ejercicio fascinante de la imaginación histórico-científica. Por esto último me atrevo a comentarlo.

Me sorprendió encontrar, desde las primeras páginas, una frase: *feliz accidente* (*happy accident*). Reparece una y otra vez en los momentos cruciales de la exposición, al hablar del origen de la vida en nuestro planeta o del origen de nuestro sistema solar —la gran mayoría de los otros sistemas ofrecen la desventaja de tener dos soles en lugar de uno como nosotros— o del origen del universo mismo. Encontrar tantas veces la noción de *accidente* en un libro de uno de los grandes científicos contemporáneos es un signo de los tiempos. Revela un cambio en la actitud de

los hombres de ciencia: la aparición de la perspectiva histórica en la consideración de los fenómenos naturales, trátase de la materia orgánica o de la inorgánica. La palabra *accidente*, por supuesto, no designa a un fenómeno sin causa sino a un hecho excepcional y que es el resultado de la conjunción, poco frecuente o improbable, de ciertas circunstancias. El accidente no es algo indeterminado pero sí difícilmente previsible. Al determinismo intemporal de la ciencia del siglo XIX sucede la idea de un proceso entre varios *posibles*.

La ciencia contemporánea se inclina, a la manera de la historia, sobre los fenómenos particulares y aspira a comprenderlos en su evolución temporal y como lo que son realmente: excepciones. Es irónico que en el momento mismo en que las ciencias sociales pretenden, vanamente, imitar el formalismo de las ciencias puras, éstas adopten el punto de vista histórico (pero sin renunciar a la regularidad sino, más bien, dentro de ella). El dominio de las matemáticas está fuera del tiempo y el teorema de Pitágoras es hoy tan cierto como el día en que fue formulado. Sin embargo, apenas intentamos aplicar las matemáticas y sus combinaciones a la materia, debemos tomar en cuenta al factor tiempo. Y el tiempo es cambio: particularidad, historia. Hace poco, en una conferencia pronunciada ante la Academia de Ciencias y Artes de Boston, el físico Victor

F. Weisskopf del MIT indicó que el universo, con sus galaxias, sus sistemas solares, sus moléculas, sus átomos y sus partículas, tiene una historia que la ciencia física debe tomar en consideración. El libro de Crick revela que la materia orgánica, con sus moléculas, sus ácidos y sus mecanismos de reproducción celular, mutación y selección natural, también tiene una historia.

Crick pone al servicio de su exploración todo lo que sabemos en materia de astronomía, física nuclear y biología molecular. Su método recuerda al de los historiadores y los arqueólogos: los datos científicos, como las piedras y los documentos al historiador, le sirven para su reconstrucción del pasado de la materia viva. Sólo que en su caso ese pasado no se cuenta en millares de años sino en billones de siglos. El método también hace pensar en la criminología. Mezcla sorprendente, como en Sherlock Holmes, de sólido empirismo, inducciones arriesgadas y deducciones categóricas. Pero el método no sólo evoca a los procedimientos e hipótesis de historiadores y detectives: el adjetivo *feliz*, unido al sustantivo *accidente*, hace pensar en otra tradición: la de la historia sagrada. Llamar *feliz accidente* a la aparición de la vida sobre la tierra debe hacer fruncir el entrecejo a más de un budista: todos ellos están empeñados en escapar de la rueda de las transmigraciones; en cambio, hace son-



**LA VIDA MISMA**  
*Su origen y naturaleza*

**FRANCIS CRICK**

POPULAR

Traducción de José Ramón Pérez Lías y Pedro Torres Aguilar  
1ª ed., 1985, 206 pp.  
978 607 16 1447 8  
\$108

reír a un cristiano: San Agustín llamó *felix culpa* a la de Adán y Eva porque, sin su pecado, Cristo no se habría hecho hombre ni habría muerto en la cruz por nosotros. A medida que avanzaba en la lectura del libro de Crick se dibujaba con mayor claridad lo que al principio me pareció una sospecha gratuita: leía una suerte de transposición o alegoría moderna, laica, materialista y atea, de la vieja historia judeo-cristiana de la creación de la vida.

## ENIGMAS DE LAS GÉNESIS

Un misterio rodea al origen de la vida, al de nuestro sistema solar y al del universo. Todo comenzó con el *Big Bang* o como traduce, y muy bien, Jorge Hernández Campos: el Gran Pum. Steve Weinberg explica en su libro famoso que, en los tres primeros minutos que sucedieron al Gran Pum, se formaron los elementos de la primitiva y más bien pequeña bola de fuego que, al dilatarse y rodar, se convertiría en el universo actual, con sus estrellas innumerables.<sup>1</sup> Pero ¿qué pasó en los primeros segundos y, sobre todo, qué pasó *antes*? Weinberg confiesa que no lo sabemos. A pesar de sus inmensos progresos, la ciencia física no puede responder a la pregunta básica: nuestra ignorancia acerca del origen del universo es la de los filósofos de Jonia hace más de dos mil quinientos años. En una ocasión, en Harvard, conversando con el físico Gerald Holton acerca de las visiones del tiempo que han elaborado las distintas civilizaciones y filosofías, me dijo que el Gran Pum, para algunos científicos, era un fenómeno recurrente: el universo comienza con el estallido de una bola de materia condensada que se dilata más y más hasta que empieza a enfriarse, cae en sí misma, se contrae y otra vez el Gran Pum! Me pareció oír una versión puesta al día del eterno retorno de los estoicos, con su cíclica conflagración universal (*ekpyrosis*) y el inevitable recomienzo. Sólo que los estoicos exageraban la fatalidad del fenómeno; los modernos, tal vez como una reacción ante el rígido determinismo del siglo XIX, son más cautos. El determinismo se atempera y, en plural, reaparecen los posibles.

En un libro reciente el biólogo François Jacob dice: “Es muy difícil no encontrar elementos de arbitrariedad e incluso de fantasía en las estructuras y el funcionamiento de la naturaleza... Es imposible imaginar un mundo en el que uno más uno no sea dos. Hay un aspecto inevitable en esa relación... En cambio, podemos imaginar perfectamente un mundo en el que las leyes físicas sean diferentes a las del nuestro; un mundo en el que, por ejemplo, el hielo caiga al fondo del agua en lugar de subir a la superficie; o en el que la manzana, al desprenderse de la rama, se dispare hacia arriba y desaparezca en el cielo... La contingencia se manifiesta más netamente en el mundo de la vida.”<sup>2</sup>

Después de esto no puede extrañarnos que Crick use la palabra *accidente* para designar la aparición de la materia viva. En verdad, fue algo más que un accidente: un prodigio. No repetiré aquí el examen, riguroso y exhaustivo, de las posibilidades de su emergencia. La conclusión es desalentadora: no podemos afirmar nada con certeza, salvo lo siguiente: “Un hombre honesto, armado con todos los conocimientos hoy disponibles, sólo podría decir que, en cierto modo, el origen de la vida aparece casi como un milagro, tantas son las condiciones que habrían tenido que satisfacerse para que comenzase”. El resultado de su investigación no desanimó a Crick: “Se haya originado aquí en la Tierra o en cualquier otro lugar, la vida comenzó: éste es un hecho histórico que no podemos dejar de lado como si fuese algo insignificante”. Me complace la admisión: el problema es científico y es histórico. Su resolución requiere conocimientos e imaginación.

Frente al enigma, dice Crick, hay dos —y sólo dos— teorías válidas. Una, la ortodoxa, “sostiene que la vida se originó aquí por sí misma, con poca o ninguna ayuda que viniese de fuera de nuestro sistema solar”. Esta teoría no es falsa sino muy improbable y, además, indemostrable. Otra, la de Crick, considera que “acaso pudiera haber surgido en otros lugares del universo en donde, por esto o aquello, las condiciones eran más favorables”. Enseguida, el científico inglés emprende un examen, no menos estricto y amplio que los anteriores, para determinar con razo-

nable probabilidad el número de planetas en la galaxia en los que podría haberse originado la vida. Las cifras marean: entre un millón y, mínimo, diez mil planetas. La segunda teoría postula que las raíces de nuestra forma de vida aparecieron en otro lugar del universo, casi seguramente en otro planeta, en el que la vida había alcanzado una forma mucho más avanzada cuando aún no había comenzado nada aquí, y que esa vida fue esparcida (*seeded*) por microorganismos enviados en una suerte de navío espacial por una alta civilización extraterrestre.

Crick llama a esta operación de siembra cósmica: Panespermia Dirigida.<sup>3</sup>

Una de las razones en que se apoya Crick es turbadora: el código genético de todos los seres vivos, sin excluir a las especies desaparecidas en el curso de la evolución, es el mismo. Pero ¿por qué las inteligencias extraterrestres no se transportaron ellas mismas en sus naves espaciales y prefirieron enviar a la Tierra un cargamento de bacterias? Crick explica abundantemente que, debido a la inmensidad de las distancias y a otras circunstancias no menos desfavorables, era imposible para los extraterrestres realizar el viaje a través de la galaxia. Por lo visto, cada civilización —también la nuestra— está condenada a extinguirse precisamente en el planeta en donde nació y creció: sombría visión de la historia de los sistemas solares del universo. Presas en su planeta, las inteligencias extraterrestres no tuvieron más recurso que lanzar en una nave a las bacterias, únicos organismos vivos capaces de resistir la duración y las penalidades de la travesía. Las bacterias cayeron en el caldo nutritivo que era entonces la superficie terrestre, medraron, se desarrollaron y así comenzó la historia de la evolución hasta llegar a la especie humana... Aunque muchos lo han hecho con más ligereza que discernimiento, no es fácil hacer una crítica de las hipótesis de Crick. Al lego que soy, sus razones le parecen convincentes. Tengo un reparo que él comparte: tal vez su hipótesis es “un tanto prematura”. Pero mi crítica —o más bien, mi comentario— se refiere a otro aspecto de su teoría.

## INTELIGENCIAS EXTRATERRESTRES Y DEMIURGOS

Es claro que la hipótesis de la Panespermia Dirigida no responde a la pregunta sobre el origen de la vida: cambia el lugar de su aparición, eso es todo. Continuamos sin saber cómo emergió la vida en nuestro planeta. Tampoco en el otro; en realidad, no sabemos nada ni de ese planeta ni de sus inteligentes nativos. ¿Cómo saber si en ese planeta que nos envió sus bacterias hace miles de millones de años existían condiciones favorables para que comenzase la vida? Muy bien pudo ocurrir que otra civilización de otro planeta les haya enviado, por un procedimiento análogo, un cargamento de microorganismos. La hipótesis de la Panespermia Dirigida puede aplicarse indefinidamente —regresión que escandalizaría a los lógicos— hasta encontrar al planeta en donde sí haya existido el “caldo de pollo” y las otras condiciones propicias a la emergencia de la vida. Ese planeta, tanto desde el punto de vista de la lógica como del de su comprobación empírica, es inlocalizable. No digo que no haya podido existir: digo que *nunca* podrá encontrarse. Es un planeta que está, como la felicidad en el poema de Baudelaire, *anywhere out of this world*. Crick no responde a estas preguntas. Mejor dicho: ni siquiera se las hace; se limita a decirnos que las bacterias fueron fabricadas —o seleccionadas: no lo aclara— por altas inteligencias extraterrestres y lanzadas hacia la Tierra. Esta afirmación puede verse como una respuesta implícita. Es bueno compararla con las que ha dado la tradición al mismo problema.

Ante el enigma del origen —el del universo, el de la vida y el del hombre— los antiguos conocieron dos respuestas: unos, como los judíos y los cristianos, creían que un Dios omnipotente había creado al mundo, a las plantas, los animales y los hombres; otros, sostenían que el universo existía por sí mismo y que era eterno o estaba sujeto a destrucciones y resurrecciones cíclicas. Aristóteles, por ejemplo, creía que el universo no había tenido principio ni tendría fin y que, ventaja suplementaria, era finito. El Gran Pum está en contra de Aristóteles y de su universo

autosuficiente: el mundo tuvo un principio y de ahí que sea necesario afirmar que también tuvieron un comienzo nuestro sistema solar y la vida terrestre. No sabemos a ciencia cierta si el Gran Pum es recurrente o si ha sido un fenómeno único. La idea de un Dios creador omnipotente repugna a muchos espíritus modernos; tampoco era del gusto de la mayoría de los filósofos de la Antigüedad aunque por razones opuestas a las nuestras: no era digno de Dios crear un mundo como el nuestro, regido por la contingencia. Platón habla, en el *Timeo*, de un demiurgo que crea, a imitación de las Formas eternas, al universo con sus astrosdiosos y sus hombres. El demiurgo es divino pero no es Dios en el sentido judeo-cristiano. La noción del demiurgo fue aprovechada después por otras escuelas y sectas, entre ellas por los gnósticos, que vieron en él a una divinidad maléfica, origen de la materia, el pecado y el tiempo. Así resolvieron un misterio que siempre ha perturbado a los hombres: ¿cómo un Dios perfecto, todopoderoso y bueno pudo crear un mundo cambiante y sujeto al error, al mal, a la enfermedad, al accidente y la muerte?

La alta civilización extraterrestre de Crick es el equivalente moderno no tanto del Dios omnipotente de la tradición judeo-cristiana como del demiurgo de los platónicos y los gnósticos. Un demiurgo semejante al de Platón, bueno e inteligente. El parecido con el del *Timeo* es impresionante: combina, ya que no las almas y sus propiedades, las moléculas y los ácidos para reproducir (*imitar*) la vida y enviarla a este planeta. El demiurgo de los modernos no es individual sino colectivo y se llama civilización. Su modo de operación no es la contemplación de las esencias sino la acción histórica. La noción del demiurgo es filosófica y teológica; la de la civilización es social e histórica. Sin embargo, sus funciones son semejantes. En el siglo XX la historia ha sido divinizada de muchas maneras pero esa divinización no había sido, hasta ahora, la obra de los científicos sino de los filósofos y los ideólogos. En este sentido es insólita la hipótesis de la Panespermia Dirigida: Crick es un científico notable. Por fortuna su idea no contiene gérmenes nocivos y pasionales —religiosos o políticos— capaces de encender los ánimos; nadie matará ni morirá por una civilización extraterrestre que floreció en un planeta desconocido hace millones de millones de años.

La analogía entre las inteligencias extraterrestres y el demiurgo de los antiguos no agota el paralelo. En la hipótesis de Crick hay otro elemento —inconsciente como el del demiurgo que pertenece no a la historia profana sino a la sagrada—. En la tradición cristiana Dios no sólo es creador sino redentor del mundo. Por eso es *feliz* la culpa de Eva: gracias al accidente del Edén, Dios bajó a la Tierra, se hizo hombre, padeció con nosotros y murió para darnos vida verdadera. La alta civilización extraterrestre de Crick también descende a la Tierra, en la forma humilde de unas bacterias, y nos da la vida. ¿Por qué? Según Crick porque esa civilización de inteligencias superiores alcanzó, en un momento de su evolución histórica e intelectual, la clara conciencia de su muerte y de la imposibilidad de escapar. Antes de morir, como Cristo, la civilización extraterrestre nos regaló la vida. Fue un acto de filantropía cósmica. Sin embargo, me pregunto cuál podría ser la reacción de un espíritu auténticamente religioso ante una teoría como la de la Panespermia Dirigida. Por ejemplo, un Bernardino de Sahagún, que también tuvo la experiencia de otra civilización: la de los antiguos mexicanos. Me imagino que su reacción habría sido la misma que experimentó ante los sacrificios humanos de los aztecas. Le parecieron una fúnebre caricatura de la historia de la redención.

## EL EPISODIO DE LOS DINOSAURIOS

La idea de la civilización extraterrestre, como metáfora o alegoría inconsciente del antiguo demiurgo, adquiere una tonalidad a un tiempo cómica y escalofriante apenas recordamos uno de los episodios más extraños de la historia de la evolución. En el periodo Cretáceo dominaban la Tierra unos inmensos vertebrados: los dinosaurios. Su repentina extinción hace sesenta y cinco millones de años, en el apogeo de su desarrollo, nunca ha sido explicada del todo. Crick acepta la teoría de los Álvarez (padre e hijo). Estos dos reputados científicos (el mayor es premio Nobel de física) dan una ingeniosa explicación de la catástrofe que cambió el curso de la evolución: un asteroide de unas seis millas de diámetro cayó sobre la Tierra y tras causar un terremoto y abrir una cavidad enorme, cubrió nuestro planeta con un fino polvo que durante

1 Steve Weinberg, *The First Three Minutes*, Nueva York, 1977.

2 François Jacob, *Le Jeu des possibles. (Essai sur la diversité du vivant)*, París, 1981.

3 Se debe el término *panespermia* al científico sueco S. A. Arrhenius (1859-1927), premio Nobel de físico-química en 1903, que atribuyó el origen de la vida a una lluvia de esporas bacteriales venidas del espacio exterior.

varios años no dejó pasar la luz solar. La vegetación pereció, ahogada por la oscuridad y el polvo. Y con ella los dinosaurios, en su mayoría vegetarianos. El infortunio de los grandes reptiles favoreció a los mamíferos, unos pequeños animales nocturnos e insectívoros, que soportaron mejor que las otras especies los años de oscuridad y escasez. Hasta entonces los mamíferos habían vivido dominados por los gigantes saurios: el asteroide los libró de sus opresores. Los mamíferos se desarrollaron, poblaron la Tierra, cambiaron y, en un momento de su evolución, produjeron al hombre. La extinción de los dinosaurios fue un verdadero *accidente feliz*. Esas enormes bestias, dice Crick, difícilmente habrían llegado a producir inteligencias capaces de crear una ciencia y una tecnología: “Los dinosaurios se habían especializado en una dirección equivocada”.

Temo que Crick no haya reparado en las consecuencias que tiene para su teoría el episodio de los dinosaurios. Cuando las inteligencias extraterrestres decidieron enviar, hace miles de millones de años, sus bacterias a la Tierra, no podían prever que un asteroide chocaría con nuestro planeta y que su caída provocaría la extinción de los dinosaurios. Este hecho no es menos histórico que el del origen de la vida y nos hace una pregunta que, asimismo, tiene dos, y sólo dos, respuestas.

La primera: las inteligencias extraterrestres fabricaron la vida a su imagen y semejanza. Si lo hicieron así, coincidieron con nuestra tradición religiosa: Dios creó al hombre a su imagen. Consecuencia: los dinosaurios debieron ser una copia más o menos fiel de las inteligencias extraterrestres y su estupidez nos enfrenta a un enigma: ¿por qué, a diferencia de sus lejanos progenitores, los sabios reptiles extraterrestres, no lograron ascender en la escala de la evolución hasta llegar a la inteligencia? Tuvieron tiempo suficiente para hacerlo; se calcula que duraron más de ciento cincuenta millones de años mientras que la evolución de la especie humana se realizó apenas en unos tres millones y medio. ¿Cuánto tiempo habrían necesitado los reptiles para desarrollar una inteligencia comparable a la de los primeros homínidos? Los sabios de la civilización extraterrestre se equivocaron: los seres a su semejanza, los reptiles gigantes, fracasaron y fueron eliminados por los diminutos mamíferos.

La segunda hipótesis no es menos inquietante y también tiene un antecedente en la Antigüedad: el pesimismo de los gnósticos. Las inteligencias extraterrestres fabricaron las bacterias no a su semejanza sino con un código genético distinto: el nuestro y el de todos los seres vivos terrestres, sin excluir a los dinosaurios. Si fue así, esas inteligencias revelaron una perversidad insondable por gratuita: decidieron que la Tierra fuese poblada y dominada (no previeron la caída del asteroide) por enormes y estúpidos reptiles. La primera hipótesis indica que las inteligencias extraterrestres cometieron un grave error, indigno de su alto saber; la segunda revela una maldad inexplicable. La alta civilización de Crick es el equivalente de un demiurgo estúpido o de un demiurgo perverso.

### GÉRMEENES VAGABUNDOS

Vivimos en una red invisible de llamadas y respuestas. A veces percibimos estas señales y decimos, por falta de palabra mejor, que son *coincidencias*. Hace unos días, un poco después de haber escrito el pequeño comentario sobre el libro de Francis Crick acerca del origen de la vida, al recorrer con ojos distraídos un estante en el que guardo libros de poetas franceses, me detuve de pronto y sin motivo ante un volumen de Jules Supervielle: *Gravitations*. Movido por un impulso indefinible, lo retiré del estante y, de pie, me dispuse a hojearlo. Al pasar las páginas, en una sección cuyo título, como el del libro, no necesita comentarios: *El corazón astrológico*, me encontré con un curioso poema: *Les Germes*. Confieso que no habría reparado en él a no ser por el epígrafe, una frase de Svante August Arrhenius, el físico sueco que, a principios de este siglo, sostuvo por primera vez la hipótesis del origen extraterrestre de la vida. Según Arrhenius, la vida comenzó por el descenso, desde los espacios estelares, de una lluvia de esporas vagabundas movidas suavemente por la luz. Los poemas de *Gravitations* (NRF, 1925) fueron escritos entre 1922 y 1924; así pues, ya en esos años la Panespermia —ése fue el nombre que dio Arrhenius a su hipótesis— conmovía a los espíritus curiosos y excitaba la fantasía de los poetas.

Después de leer el poema, cambié un imaginario y fugaz signo de inteligencia con el fantasma de Supervielle. Sentí que él —alto, delgado y con aquel aire suyo de álamo que habla solo en la noche— sonreía en su mundo de allá. Incluso me pareció que sus labios invisibles me decían, en un lenguaje idéntico al silencio, estas palabras: “¿Le asombra la coincidencia? Sí, en aquellos años la idea de la Panespermia Espontánea me maravilló y me aterró. Pero ¿no le parece aún más escalofriante la suposición que hoy lo desvela a usted? La Panespermia Dirigida: iunas inteligencias extraterrestres, desde otro sistema solar, hace miles de millones de años, enviaron a los planetas naves cargadas de bacterias! ¿Se imagina la desesperación de aquellas inteligencias extraterrestres que, a punto de extinguirse, decidieron confiar a los océanos sin olas de la galaxia unos gérmenes de vida? Cuando el fin se acerca, regresamos al origen...” Extrañas palabras en boca de un fantasma. Me sorprendió, además, su acento patético, elocuente. La muerte le había hecho perder uno de los encantos de su conversación: los rodeos, las vacilaciones, las pausas en busca de la palabra no demasiado exacta. Pensé en el hombre que había conocido: Supervielle o la poética de la incertidumbre. Un arte que hemos olvidado... El espíritu se desvaneció y me quedé solo de nuevo. A manera de oblación, ofrenda a sus manes, traduje el poema:

### LOS GÉRMEENES

*Se repartieron por todas partes,  
como si sembrasen en el universo.*

ARRHENIUS

Noche condenada a la ceguera,  
Noche que aún a través del día buscas a los hombres  
Con manos perforadas de milagros,  
He aquí a los gérmenes espaciales, polen vaporoso de  
los mundos.

Los gérmenes que en su larga jornada han medido los  
cielos

Y se posan sobre la hierba sin ruido,  
Capricho de una sombra que atraviesa el espíritu.

Escapan fluidos del murmullo confuso de los mundos  
Hasta donde se eleva el rumor de nuestros más  
lejanos pensamientos,

Sueños del hombre bajo las estrellas atentas  
Que suscitan zarzas violentas en pleno cielo  
Y un cabrito que gira sobre sí mismo hasta volverse  
astro.

Sueño del marinero que va a dispersar la tormenta  
Y que, al entregar su alma al último lucero,  
Visto entre dos olas que se alzan,  
Hace nacer de su mirada, ahogada en el mar y la  
muerte,

En millones de horribles años-luz, los gérmenes.  
Y los postigos verdes de sus moradas tímidamente se  
entrebren

Como si una mano de mujer los lanzase desde allá  
dentro.

Pero nadie sabe que los gérmenes acaban de llegar  
Mientras la noche remienda los andrajos del día.

No es el mejor Supervielle. El poema es confuso; tiene sin embargo, como casi todo lo que escribió, una gracia desmañada y secreta. Me gustan sobre todo esos gérmenes que abren sus postigos verdes —como los de tantas ventanas de París— y que una mujer lanza al espacio con el gesto de una muchacha al asomarse al balcón. Imagen diaria en la que reaparece el antiguo mito: la mano sembradora de estrellas.

México, 1982 ◀

*["Inteligencias extraterrestres y demiurgos, bacterias y dinosaurios" se publicó en Sombras de obras, Barcelona, Seix Barral, 1983.]*

*Octavio Paz, poeta, ensayista, traductor y narrador, ganó el premio Nobel de Literatura en 1990.*

